

MANUEL AGUSTIN AGUIRRE

AMERICA LATINA Y EL ECUADOR

(APUNTES PARA UN ESTUDIO SOCIO-ECONOMICO)



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

AMERICA LATINA Y EL ECUADOR

(Dedico estos apuntes a la clase proletaria de Latinoamérica y el Ecuador, en este 1º de Mayo de 1952).

En el Ecuador, como en muchos países de América Latina, hay quienes, situados en el centro y aún en la izquierda, y sin cuidarse del espacio ni el tiempo, defienden con falsos argumentos, la necesidad de una revolución burguesa-liberal, que liquide nuestros rezagos feudales y nos conduzca por el camino de la industrialización y el capitalismo más adelantado.

Uno de los falsos argumentos movidos continuamente, es el de que las naciones de la Europa Occidental y la del Norte de nuestro Continente, han llegado a la industrialización y el más alto capitalismo, a través de revoluciones burguesas, demoliberales, que se hicieran contra el feudalismo que entraba el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas.

De acuerdo con esta tesis, tendríamos que esperar pacientemente, que el desarrollo industrial latinoamericano y ecuatoriano, nos traiga una burguesía capaz de realizar su verdadera revolución francesa, un 1789, que, liquidando las supervivencias feudales y coloniales, y barriendo con ellas a la clase terrateniente, nos conduzca a la más alta cúspide del capitalismo triunfante.

Naturalmente, esta posición nos lleva a concluir que el socialismo nada tiene que hacer en nuestros países, ya que sólo le tocaría jugar su papel cuando hubiéramos culminado la etapa capitalista y pudiésemos contar con un proletariado numeroso y plenamente desarrollado, capaz de constituirse en el real conductor de la revolución socialista.

Mientras tanto, la clase proletaria, como la pequeña burguesía, deberían alinearse sumisamente detrás de la clase burguesa, que continuaría siendo la heroína de una revolución liberal postergada indefinidamente.

Esta tesis, con toda su falacia, significa una transposición mecánica de la historia económica europea a nuestro Continente, sin establecer las necesarias diferencias que existen en el desarrollo económico, social y político del viejo y nuevo mundo. Latinoamérica, como trataremos de verlo aunque sea esquemáticamente, no ha podido tener una evolución paralela a la europea, ya por la diferencia de dones naturales entre los dos Continentes, ya porque la conquista, primero, y la penetración imperialista, después, han deformado y paralizado su desenvolvimiento económico, impidiéndole un desarrollo conveniente y como si dijéramos normal.

1.—LOS ORIGENES.—Engels, en su "Origen de la Familia, de la Propiedad Privada y del Estado", al trazar, siguiendo a Morgan, las etapas prehistóricas de la Humanidad, y cuando se refiere al paso del salvajismo a la barbarie, anota lo siguiente:

"Hasta aquí hemos podido considerar la marcha del progreso de un modo general, aplicándose en un período determinado a todos los pueblos, sin distinción de localidades. Pero con el advenimiento de la barbarie hemos llegado a un estadio en que se marca la diferencia de los dones naturales entre los dos grandes Continentes terrestres. El momento característico del período de la barbarie es la domesticación y cría del ganado y el cultivo de los cereales. Pues bien; el Continente oriental, el llamado antiguo mundo, poseía casi todos los animales domesticables y toda clase de cereales propios para el cultivo, menos uno de éstos; el continente occidental (América) no tenía más mamíferos mansos que el llama (y aún así, nada más que en una parte del Sur), y uno solo de los cereales cultivables, pero el mejor, el maíz. Estas condiciones naturales diferentes, hacen que desde ese momento siga su marcha propia la población de cada hemisferio, y que las señales puestas como límite de los estadios particulares difieran en cada uno de los dos casos". (1)

En la época de la conquista, según el mismo Engels, los pueblos mexicanos, centroamericanos y peruanos, hallábanse en el estadio medio de la barbarie, ya que no habían llegado a la utilización del hierro. La conquista española cortó en redondo todo desenvolvimiento autónomo posterior. Escuchémoslo:

"Los indios de los llamados pueblos de Nuevo México, los mexicanos y los peruanos de la época de la conquista, hallábanse en el estado medio de la barbarie. Vivían en casas de adobe y piedra en

(1) Engels.—"Origen de la Familia".—Ed. "Claridad".—Pág. 26.

forma de fortaleza; cultivaban el maíz y otras plantas alimenticias, diferentes según la orientación y clima en huertos de riego artificial que suministraban la principal fuente de alimentación; hasta habían reducido a la domesticidad algunos animales: los mexicanos, el pavo y otras aves; los peruanos, el llama. Además sabían laborar los metales, excepto el hierro; por eso continuaban en la imposibilidad de prescindir de sus armas e instrumentos de piedra. La conquista española cortó en redondo todo ulterior desenvolvimiento autónomo". (2).

2.—LA COLONIA.—La conquista interrumpe la evolución independiente de la economía indoamericana. España, cuando conquista América, se halla en una etapa de transición y consiguiente indecisión en sus formas económicas. En su seno, en gran parte feudal, se han incubado ya los elementos capitalistas suficientes para darle el impulso expansionista y aventurero (fáustico diría Warner Sombart), que la lleva a cruzar los mares y adueñarse de todo un continente; pues impulso capitalista fue el que la empujó a buscar mercados exteriores y descubrir y conquistar nuevas tierras.

Pero aún sin el desarrollo necesario para organizar un sistema plenamente capitalista en el país conquistado, como lo hiciera Inglaterra en los EE. UU., y sin la fuerza suficiente para sustituir, en su totalidad, la organización económica comunal incaica, España implanta en sus colonias un conjunto de formas feudales y semif feudales, que se expresan especialmente en la encomienda, con su consiguiente servidumbre, la mita y los obrajes; y aún formas esclavistas, como en las plantaciones y minas, donde se labora principalmente con esclavos negros e indios. Sin embargo, estas formas atrasadas de la economía, se entrelazan con relaciones francamente capitalistas, ya que no se produce únicamente para el autoconsumo, sino para el mercado y con el fin de obtener un lucro. Se trata, pues, de una producción de mercancías, esencia del capitalismo. El latifundio y la encomienda no constituyen únicamente economías cerradas, de autabastecimiento, característica feudal, sino que de ellos salen en parte los productos que se exportan, como los metales preciosos, el cacao, café, azúcar, etc etc., que nutren el mercado europeo. Por otra parte, aunque las relaciones de trabajo en la producción minera y obrera tienen formas precapitalistas, sin embargo se trata de empresas de producción capitalista indudable. Hasta la comunidad indígena primitiva es utilizada como vehículo capitalista, al adaptarla a la producción para el comercio, como lo hicieron los Jesuitas en el Paraguay.

(2) Id.—Pág. 27.

Asimismo, no se puede negar que durante la colonia se realizó una considerable acumulación de capital, producto del tráfico negro de esclavos, de la explotación minera, del comercio especialmente de exportación, de los diezmos y donaciones piadosas, que sirve de base no sólo al desarrollo del capitalismo europeo, especialmente inglés y holandés, sino que también acentúa ciertas características capitalistas coloniales. Por todas partes, aunque no sea con la misma intensidad, circula el dinero que no es característica de una economía feudal; "pues en todas partes donde las relaciones naturales desembocan en las de dinero, y los tributos en especie en el abono en dinero, allí el régimen feudal fué reemplazado por el régimen burgués" (Marx).

"El descubrimiento de América, dicen Marx y Engels, y la circunnavegación del Africa ofrecieron a la burguesía naciente un nuevo campo de actividad. Los mercados de la India y de la China, la colonización de América, el mercado colonial, la multiplicación de los medios de cambio y de mercancías, impulsaron un impulso hasta entonces desconocido al comercio, a la navegación, a la industria, que aseguraron, en consecuencia un desarrollo rápido al elemento revolucionario en la sociedad feudal en decadencia". (3).

A menudo se ha exagerado, como anota Sergio Bagú, el carácter absolutamente feudal de la colonia, siendo así que "las colonias hispano-lusas de América no surgieron a la vida para repetir el ciclo feudal, sino para integrarse en el nuevo ciclo capitalista que se inauguraba en el mundo". (4).

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

En realidad, las colonias de América, al nacer al mundo occidental, quedan uncidas al carro capitalista, insertadas en el mercado mundial, como un eslabón de la cadena del capitalismo. Pero este mismo hecho ha de determinar, junto con la conquista, la deformación de nuestra economía, que no ha de poder desarrollarse, en lo sucesivo, en forma autónoma y normal, sino que ha de ser, desde entonces, una economía complementaria, que tiene que adaptarse a las necesidades de las economías metropolitanas. Recuérdese como durante la colonia, España impidió el desarrollo industrial y aún agrícola, en todas aquellas ramas que no convenían a los intereses del monopolio productor y comercial metropolitano. La economía latinoamericana, por lo mismo, constituye un apéndice del capitalismo exterior y sigue sus vi-

(3) Marx y Engels.—"Manifiesto Comunista"—Ed. "Europa América".—Pág. 76.

(4) Sergio Bagú.—"Economía de la Sociedad Colonial".—Ed. "El Ateneo".—Pág. 103.

sicitudes. No puede crecer sino en cuanto se lo permiten las economías de las cuales depende y hasta el límite que aquéllas le señalan.

Ahora bien, toda economía capitalista dominante, convierte a la subordinada o colonizada, en proveedora de materias primas y consumidora de sus productos manufacturados. Esto, si bien determina la posibilidad de un desarrollo colonial del capitalismo comercial y financiero, no permite el desenvolvimiento del capitalismo industrial, aplastado siempre por la presión exterior de la economía conquistadora.

3.—LA INDEPENDENCIA.—Es por eso que a la época de la independencia, no contamos en Latinoamérica sino con una capa de terratenientes criollos, aburguesados por su contacto con el mercado exterior, así como estratos de la burguesía comercial y financiera, que, unidos, anhelan romper el monopolio español y encontrar mejores mercados internacionales para sus productos. Estas capas feudal-capitalistas, producto del abigarrado proceso estructural de la Colonia, son las dirigentes y usufructuarias de la empresa libertadora.

Tras ella marcha la pequeña burguesía, que aspira a cambiar su posición con el quebrantamiento del poder español.

No hay que olvidar la participación activa que tuvieron las clases populares en la lucha libertadora, participación que generalmente se trata de negar y obscurecer, y que como en México y otros lugares, aspiraba a una verdadera transformación que diera a los pobres, tierras, pan y justicia.

Esta amalgama terrateniente-burgués, buscó su apoyo en la burguesía extranjera de las naciones rivales de España, especialmente Inglaterra, cuya revolución industrial necesitaba de los mercados latinoamericanos para colocar sus productos; lo que no podía obtenerse hasta que Latinoamérica dejara de ser una colonia de España. Este entendimiento de la semiburguesía nacional con la burguesía extranjera, se acentuó, naturalmente, siempre que subía la presión de las clases populares, que trataban de imprimir al movimiento un ritmo realmente revolucionario. Esa fue, por otra parte, la razón para que la lucha por la independencia se mantuviera dentro de los límites que implicaba un cierto cambio provechoso para las capas dirigentes, y se inmovilizara y petrificara frente a las reivindicaciones de las masas, ya que el propósito de aquéllas era simplemente el de tomar el poder como un medio de ampliar su esfera económica, pero manteniendo todos sus privilegios, basados precisamente en la conservación de la estructura económica colonial interna.

Por eso los rezagos feudales coloniales permanecen intactos y el problema de la tierra intocado, ya que son los terratenientes aburgue-

sados y su aliados los comerciantes terratenientes o aspirantes a serlo, como hemos dicho, los únicos beneficiarios de la libertad, la libertad de comercio, que les permite gozar de un mercado más amplio para sus exportaciones, producto de la explotación medioeval de sus siervos y esclavos.

La independencia americana constituye la primera prueba de la incapacidad de la burguesía-terrateniente, para cambiar las bases de la feudalidad, y un ejemplo de la traición a los intereses de las clases populares, que contribuyeron con su heroicidad y sacrificio a la libertad de América.

4.—LA REPUBLICA.—Hemos visto que las características cualitativas de las clases dirigentes del movimiento libertador, limitaron éste a ciertos objetivos simplemente clasistas. Por lo mismo, manteniendo los mismos elementos feudales, nuestras economías se insertaron más directamente en el capitalismo europeo, al ponerse en contacto especialmente con Inglaterra, su representante más auténtico. Así, sin superar las formas retrasadas de su economía, Latinoamérica es lanzada en la vorágine de un capitalismo internacional ya en desarrollo.

A pesar de los alardes de una independencia simplemente formal, la economía de nuestros países continúa encadenada quizás aún más que antes. Sigue representando el rol de economía complementaria, perpendicular, dependiente de economías extrañas. Por la fuerza tiene que adaptarse a la demanda del mercado exterior que es la que modela y orienta su producción y consumo. Así, primero nos encontramos encadenados al imperialismo inglés y luego al norteamericano, que son los que dirigen nuestros destinos de acuerdo con sus intereses.

Ahora bien, al imperialismo extranjero le conviene mantener las formas retrasadas de producción, porque ello significa la conquista de materias primas a bajos precios y mano de obra barata, que se obtienen, naturalmente, a costa de una mayor explotación y sacrificio del proletariado y campesinado colonial; porque el terrateniente latifundista, aliado de la burguesía imperialista extranjera, no busca disminuir los costos de producción mejorando la técnica, sino acentuando las formas retrasadas de explotación.

El libre cambio que reemplaza al monopolio español, fué, como dice S. N. Rokovski, un método de explotación que superó a todos los que se habían practicado antes;

"Antes, el campesinado mismo producía la materia prima, la elaboraba y en la mayoría de los casos la consumía. Ahora tenía que producir materias primas y víveres para el mercado capitalista."

ta, bajo la presión directa de los capitalistas extranjeros, de los propios feudales, comerciantes y usureros. El hambre, las contribuciones y los impuestos le obligaron a vender sus materias primas. El campesino, al convertirse en proveedor involuntario de materias primas para el mercado mundial se convirtió en víctima de todos los caprichos de dicho mercado. Las materias primas producidas por las fuerzas de toda la familia se vendían a precios no proporcionados con los gastos de producción. La baratura de las materias primas coloniales era el resultado de la pobreza de los productores y no de la productividad de su trabajo" (5).

Por otra parte, con el aumento de la exportación de productos agrícolas, los terratenientes se lanzan a expandir los latifundios con el despojo despiadado de los campesinos y empleando todos los medios a su alcance, lo que afirma la gran propiedad agrícola.

La industria de productos acabados, para el mercado interior, se mantiene débil y sólo puede desarrollarse la producción industrial en las ramas relacionadas con la elaboración primaria de las materias primas exportables, que son las únicas en las que penetra unilateralmente la técnica.

Las vías de comunicación se construyen no para unir los mercados interiores, que tiene muy poca influencia en la producción, sino para alcanzar los puertos marítimos de exportación.

De esta manera, se mantienen en la economía agraria las formas más atrasadas de producción semifeudales y aún semi esclavistas, íntimamente entrelazadas con formas capitalistas e imperialistas, en un curioso arabesco económico.

5.—LAS REVOLUCIONES DEMOBURGUESAS LIBERALES LATINOAMERICANAS.—Del análisis somero de la estructura económica latinoamericana que venimos realizando, se desprende claramente que no ha podido formarse una verdadera burguesía industrial, capaz de oponerse y luchar contra la clase feudal terrateniente, destruyendo el latifundio y más formas precapitalistas de explotación, como aconteciera en la Francia de 1789, por ejemplo; sino que la "burguesía" de nuestros países está constituida por terratenientes aburguesados, debido a que mantienen un estrecho ligamen con el mercado mundial, o burgueses terratenientes, es decir grandes comerciantes y banqueros, estrechamente vinculados a la gran propiedad agraria. La falta de un desarrollo industrial, normal y consecuente, ha impedido la formación de una fuerte clase burguesa, como la europea, que pudiera realizar

(5) S. N. Rokavski.—"Nueva Historia de la América Latina".—Ed. "Problemas".—Pág. 80.

las verdaderas revoluciones que llevaron a la Europa Occidental a la destrucción violenta del feudalismo y a la implantación plena del capitalismo.

En Latinoamérica, como en el Ecuador, las "clases burguesas" no han podido llevar a cabo la misión histórica que les correspondía, debido a su especial composición y peculiaridades. Mientras la burguesía industrial del Occidente europeo, que tuvo una formación distinta, pues se forjó en una lucha constante contra la clase feudal terrateniente, derribó a ésta y con ella los obstáculos que se oponían al pleno desarrollo del capitalismo, la "burguesía" latinoamericana y ecuatoriana, no pudo constituirse como una clase vigorosa y autónoma, con la fuerza suficiente para hacer su camino en la historia, porque nació y creció como una simple prolongación de aquélla, la terrateniente, en un conjugamiento incestuoso. El terrateniente burgués y el burgués terrateniente son los hermanos siameses de esta América nuestra, deformada y explotada por la semi-burguesía interior y el imperialismo exterior.

Por otro parte, la burguesía europea en sus revoluciones, tuvo que apoyarse en el campesinado, que era una fuerza indispensable y efectiva en la destrucción del feudalismo, que lo mantenía en servidumbre. De ahí que esas revoluciones demo-liberales tuvieron que afrontar el problema de la tierra, realizando la destrucción del mayorazgo y más privilegios feudales, a fin de desamortizar ese factor natural de la producción y volverlo accesible al libre cambio comercial, efectuando para ello la parcelación de las tierras, como en Francia y otros lugares.

En Latinoamérica, la clase burguesa terrateniente, no ha podido ni puede apoyarse en el campesinado, al que teme y cuyas reivindicaciones no podría realizar sin destruirse a sí misma. Si la mayor parte de los ingresos los deriva de la explotación de las mayorías campesinas, no se concibe que aquella clase pueda realizar una revolución en beneficio del campesinado que reclama tierras y anhela sacudirse de la explotación y servidumbre en que se halla.

De ahí que las llamadas revoluciones demoliberales en Latinoamérica, han sido limitadas, incompletas, mutiladas, cuando no simples cuartelazos en los que se han disputado el poder los diversos estratos de esa burguesía terrateniente, que se mueve entre el feudalismo y el capitalismo, incapaz, como es natural, para toda acción verdaderamente revolucionaria y transformadora.

Por lo mismo, las revoluciones demoliberales, como no podía ser de otra manera, han traicionado a las clases trabajadoras, que sirvieron siempre de carne de cañón para satisfacer las ambiciones de sus enemi-

gos, empeñados en aumentar sus privilegios y su explotación creciente.

6.—UN EJEMPLO CONCRETO: LIGERO ESQUEMA DE NUESTRA REALIDAD ECONOMICO-SOCIAL ECUATORIANA.—Nuestra economía ecuatoriana, como la de los demás pueblos poco desarrollados de América Latina, constituye un gigantesco museo de historia económica universal, en el que se amontonan, unidas y superpuestas, todas las formas económico-sociales por las que ha pasado la Humanidad.

Si se camina de Oriente a Occidente, encontraremos en la región oriental, cubierta en su mayor parte de selvas impenetrables, una economía primitiva, en la que viven algunas tribus indígenas, al margen de casi toda penetración de la llamada cultura occidental.

En el altiplano andino, superponiéndose y estrangulando las comunas indígenas, que encarnan la supervivencia del ayllu, base fundamental de la economía incaica, se extienden los grandes latifundios semif feudales, con sus formas directas o encubiertas de servidumbre (huasipungo, mediería o aparcería, yanapa, cuentayazgo, etc.).

Sin embargo, no podemos afirmar que la Sierra sea únicamente feudal, sin cometer un gran error; pues, sin contar con la penetración capitalista que significan las empresas agrícolas más o menos mecanizadas, donde predomina el salario, tenemos que los mismos latifundios de características feudales, no constituyen economías cerradas y de autoconsumo, sino que dependen del mercado y de los precios, ya que no se produce para consumir, característica estrictamente feudal, sino para vender. No se producen valores de uso, sino mercancías. Aún la pequeña propiedad, el minifundio, donde prevalece la economía natural, de autoconsumo, está dependiendo del mercado en donde se cambian los escasos productos por otros indispensables para la subsistencia del productor.

Es verdad que aún no contamos con las necesarias vías de comunicación que nos permitan la formación de grandes mercados nacionales, de manera que nuestra economía adolece de localismo y provincialismo, características también feudales, que nos impiden la formación de una fuerte nacionalidad. Pero no podemos negar que, fundamentalmente, nuestra economía es una economía de mercado y de cambio, economía capitalista, teñida eso sí de fuertes rezagos feudales.

El agro de la Costa es más capitalista que el de la Sierra, y el salario ha adquirido una mayor preponderancia, debido a que generalmente se produce para la exportación. Sin embargo, no ha podido sacudirse de ciertos modos retrasados de producción y explota-

ción, y encontramos como en la Sierra, desde la organización tribal supérstite, hasta la gran empresa agrícola capitalista, pasando por todas las formas atrasadas que engendra el latifundio costeño.

En las ciudades ecuatorianas, junto a un artesanado numeroso, residuo precapitalista, coexisten la manufactura y una industria poco desarrollada, debido a la presión externa y las condiciones internas del país. El observador atento puede contemplar, junto al edificio de pétrea arquitectura medioeval, y casi sin transición, el vuelo desafiante de un semirascacielo, que es la expresión arquitectónica más característica del capitalismo imperialista. Cruzando la callejuela colonial, corre la amplia avenida moderna, y codeándose con el indígena que exhibe su colorida indumentaria, se apresura el hombre moderno, que viste un traje cortado al estilo de las sastrerías de París, Nueva York o Londres.

Abigarramiento económico, abigarramiento político y abigarramiento social y cultural. Mosaico y taracea. Economía de retazos, de parches y remiendos, de etapas pasadas y presentes, contradictorias y contrapuestas, que no han podido cancelarse ni superarse, y que coexisten y se hacen en un amontonamiento de siglos. Economía envejecida antes de desarrollarse, aplastada y deformada por la presión de economías exteriores, especialmente la norteamericana, que la subyuga y encadena. Tipos de cultura que aún no han podido fundirse, asimilarse y unificarse plenamente. Política caótica y desorientada, al servicio de las oligarquías dominantes; democracia de papel y tinta, al margen de las grandes mayorías eternamente condenadas y proscritas.

Nuestra pseudo-burguesía, como la de los demás países subdesarrollados de Latinoamérica, se ha mostrado incapaz de realizar la destrucción de los rezagos feudales que nos encadenan al pasado, porque su composición, como ya hemos dicho al tratar del esquema general, no le permitía ni permite tal misión histórica, puesto que sus ingresos, en gran parte, provienen de la explotación inmisericorde del indio y el montuvio. La revolución liberal de 1895, que partiera de la Costa, más avanzada capitalísticamente, fue, en definitiva, ahogada en la Sierra, de mayores rezagos feudales. Los propósitos de desamortización de la tierra y más medidas contra los bienes de manos muertas, no condujeron a la solución democrático burguesa, liberal, del problema, que debía consistir en la destrucción del latifundio y la parcelación y distribución de las tierras entre pequeños propietarios, liberando a los campesinos de la explotación feudal, elevando su capacidad de consumo y ampliando así el mercado nacional para el surgimiento de la industria. La revolución, por el contrario, incapaz de remover los obstáculos feudales que se

oponían y oponen al desarrollo capitalista, terminó por afianzar el latifundio, ya que sus dirigentes se entregaron muy pronto al acaparamiento de tierras, inclusive con la usurpación de las tierras comunales, que fueron, en realidad, las únicas víctimas de la desamortización revolucionaria. Así en un balance final, encontramos que quizás se ha acentuado en vez de desaparecer el latifundio y sus formas diversas de servidumbre, estableciéndose, cada vez más, una mayor unidad económica burgués-terrateniente, exornada con todos los privilegios medioevales y capitalistas, que ha ido expresándose en un consecuente y sucesivo entendimiento liberal-conservador, especialmente ante la pavorosa inquietud que les infunde el despertar de las clases proletarias del país.

7.—¿REVOLUCION BURGUESA EN LATINOAMERICA Y EL ECUADOR?—Después de este somero análisis, creo que no podemos esperar, sin caer en el absurdo, el mesiánico y ya fallido 1789, que ha de liquidar lo que nos resta de estructura feudal, conduciéndonos a la industrialización y el capitalismo floreciente. ¿Cómo es posible esperar que la burguesía terrateniente o los terratenientes burgueses, han de llegar a destruir la propia estructura que les sirve de soporte y base? ¿Cómo creer que estas capas burgués-feudales han de solucionar el problema de la tierra, entregándola a los campesinos, si viven fundamentalmente de la explotación de ese campesinado? ¿Cómo esperar que una economía de "laissez faire", de un Estado liberal que ya ha demostrado por años su incapacidad, pueda llevar adelante nuestro desarrollo económico diferido y paralizado? ¿Cómo esperar que los que viven de la miseria y explotación del pueblo, sean capaces de liberarlo y redimirlo?

A situaciones insostenibles como esta, nos llevan los teorizantes metafísicos que creen que la misma vigencia que tuvieron las clases burguesas y las ideas liberales en el desarrollo industrial de Europa y los Estados Unidos, en los siglos XVIII y XIX, han de tenerla aún en la América india, tan lejana y distinta, en la plena mitad del siglo XX. Estas escandalosas incongruencias son las que nos han llevado a sostener, continua y permanentemente, la necesidad ineludible de tratar nuestros problemas latinoamericanos y ecuatorianos, situándolos francamente en nuestro meridiano de países semicoloniales y semicapitalistas, uncidos al carro del imperialismo mundial.

Por otra parte, ¿cómo es posible pensar que la burguesía terrateniente nacional ha de luchar contra el imperialismo del cual depende y es su aliado? ¿Acaso no sabemos que actualmente la economía latinoamericana y especialmente la ecuatoriana, continúan encadenadas al comercio exterior de exportación e importación, que

es el que les imprime su ritmo y su modalidad esencial? No es difícil comprender, entonces, que los terratenientes que producen materias primas para ese imperialismo, así como la capa de grandes comerciantes exportadores e importadores, que viven del comercio de exportación e importación, no han de ser los que luchen contra el imperialismo, al que se encuentran tan íntimamente soldados. Si bien el capitalismo industrial y nacional incipiente, por razones de competencia, pudiera oponer algunas veces sus intereses a los imperialistas, sin embargo tampoco posee la capacidad suficiente para la lucha antimperialista; pues, cuando siente amenazada su posición por la insurgencia del proletariado, se apresura a unirse con la burguesía imperialista, que le extiende la mano para garantizar su salvación, en una solidaridad ancha y continental.

Por lo demás, la clase burguesa mundial, otrora bullente y revolucionaria, que representaba los impulsos de un capitalismo en ascenso, y que fuera caíaz inclusive, en un momento histórico, de expresar los anhelos progresistas de las clases populares, hoy, cuando ese capitalismo decadente, tramonta y se derrumba en medio de las más estrepitosas contradicciones, vuelve hacia atrás, en una posición violentamente reaccionaria, empeñada en mantener, a todo costa, sus privilegios de clase explotadora, frente a un proletariado, pleno de fuerza y de conciencia, que se levanta como una amenaza contra esos privilegios.

No es, pues, la clase burguesa-terrateniente la que ha de luchar contra la defectuosa distribución de la tierra, contra el latifundio, contra la desastrosa situación de los trabajadores de la ciudad y del campo, contra la servidumbre y la esclavitud imperialista. Esperarlo, no sólo es un contrasentido histórico, sino una ilusión burguesa o pequeño-burguesa de la peor especie.

8.—CLASES MEDIAS O PEQUEÑA BURGUESÍA.—El hecho de que la estructura económica latinoamericana, diera lugar en algunos países a la existencia de una numerosa clase media o pequeña burguesía, producto múltiple del desarrollo capitalista, por un lado, y de las supervivencias precapitalistas por otro, (empleados, intelectuales, técnicos, pequeños comerciantes, artesanos y campesinos, etc.), ha determinado que muchos teorizantes sostuvieran la tesis de que existiendo un proletariado "poco numeroso y deficiente", debido al escaso desarrollo industrial, debían ser las clases medias o pequeña burguesía, las llamadas a dirigir la lucha por la transformación económico-social de Latincamérica, aplastada por el imperialismo estrangulador. Tal es la posición del APRA peruana, por ejemplo.

Esta tesis es insostenible. Las clases medias o pequeña burguesía, por su misma situación de intermediarias entre la burguesía y el proletariado, son clases inestables y vacilantes, de composición heterogénea, que carecen de la firmeza y el impulso necesarios para dirigir una revolución. Su anhelo de conservarse como clase o de pasar a las filas de la burguesía, las hace fácilmente penetrables a su influencia; pero, por otra parte, el propio desarrollo capitalista con sus contradicciones, las arroja irremisiblemente en las filas de la clase proletaria, lo que las vuelve generalmente rabiosas y revolucionarias, más en las palabras que en los hechos, para los que les falta la tenacidad y resistencia que requieren los objetivos precisos. Este afán revolucionario, generalmente desorientado, anarquisante, de estas clases, ha hecho que sean aprovechadas por el fascismo mundial y su prolongación latinoamericana.

"Las clases medias —pequeños fabricantes, tenderos, artesanos, campesinos— dicen Marx y Engels— combaten a la burguesía porque es una amenaza para su existencia como clases medias. No son, pues, revolucionarias, sino conservadoras; en todo caso son reaccionarias: piden que la historia retroceda. Si se agitan revolucionariamente es por temor a caer en el proletariado; defienden entonces sus intereses futuros y no sus intereses actuales; abandonan su propio punto de vista para colocarse en el del proletariado". (6)

No es, pues, la pequeña burguesía, que puede ser buena combatiente, si el proletariado sabe convertirla en su aliada y dirigirla convenientemente (en especial cuando se trata del campesinado como veremos luego), la que pueda conducir la revolución que ha de liquidar los rezagos feudales y el dominio imperialista en Latinoamérica y el Ecuador, porque se lo impide sus condiciones mismas de clase, o sea su rol en el proceso de la producción.

Mucho menos lo ha de ser el lumpen proletariado (hampones, prostitutas, ladrones) "La canalla de las grandes ciudades, esa pordumbre pasiva, esa hez de los más bajos fondos de la vieja sociedad" cuyas condiciones de vida "la predispondrán mejor a venderse a la reacción". (7)

9.—LA CLASE PROLETARIA Y LA REVOLUCION SOCIALISTA.—Sólo el proletariado, como dice Marx, es una clase verdaderamente revolucionaria. Sólo el proletariado es la clase que tiene en sus manos el porvenir del mundo. Sólo ella reúne, en los actuales tiempos, las características necesarias para realizar una verdadera transformación social. Económicamente explotada, políticamente opri-

(6) Marx y Engels.—"Manifiesto Comunista".—Pág. 88.

(7) Marx y Engels.—"Manifiesto Comunista".—Pág. 88.

mida, hundida cada vez más en la miseria, sin propiedad privada, es también la clase productora y constructora capaz de forjar un nuevo mundo, para lo cual se une en los grandes ejércitos de las fábricas, donde aprende a solidarizarse y combatir. "La clase que no tiene que perder más que sus cadenas y en cambio un mundo que ganar". Sólo ella podrá no sólo liquidar un pasado feudal que forma una doble cadena con el imperialismo succionante, que mantiene las clases trabajadoras en la miseria y la opresión, sino también conducir al país por el camino de la industrialización y el progreso, la tecnificación y la abundancia para todos; ya no por medio de los métodos inhumanos y dolorosos del capitalismo, sino del socialismo, que es planificación ordenada y consciente de la producción en beneficio de la colectividad; que suprime la explotación del hombre por el hombre y las clases sociales; que es verdadera justicia y libertad.

Sólo una planificación económica socialista, con su utilización efectiva de todos los factores productivos, puede tomar en sus manos nuestras economías deformadas, distorsionadas, deshechas por la desorganización interior y la presión exterior, para hacerlas funcionar como un todo vivo y orgánico, acoplando sus diferentes partes ahora sueltas y desarticuladas; sólo la planificación socialista puede realizar la difícil tarea de superar las etapas atrasadas de nuestra economía para llevarla a su máximo desarrollo; sólo por el camino de la planificación nacional e internacional socialista, hemos de llegar al necesario desenvolvimiento de los países latinoamericanos y ecuatoriano, dentro del campo de la colectivización y cooperación; sólo una planificación socialista, ha de liberarnos de la dependencia exterior, del imperialismo que ahora nos ahoga y estrangula.

No es posible esperar, como reiteradamente hemos demostrado, que una burguesía terrateniente, aliada del imperialismo, pueda desencadenar y desarrollar la economía latinoamericana, y mucho menos liberar a las clases trabajadoras, que constituyen su antítesis y su pesadilla permanente. Si el liberalismo económico es ya un verdadero anacronismo en la mayor parte del mundo, lo es más en naciones como las de Latinoamérica y el Ecuador. En éstas, el liberalismo es la carta blanca del feudalismo y del colonialismo en un extremo y el imperialismo en el otro. El liberalismo es el mantenimiento del feudalismo y la aceptación resignada del imperialismo.

Los enemigos del proletariado, los que temen realmente la revolución y buscan sólo las inmediatas satisfacciones personales; los dirigentes de los partidos pequeños burgueses y de la Socialdemocracia en decadencia, nos hablan de la minoría del proletariado, de su incipiente, su incapacidad, su falta de preparación y conciencia de

clase, etc., etc.; agregando que los obreros son ingratos, pues no confieren a tales dirigentes la importancia que tienen y no los siguen y votan por ellos, cosa imperdonable e inaudita. Estos falsos conductores quisieran, para considerar al proletariado latinoamericano y ecuatoriano como una fuerza conductora de la revolución, que estuvieran en mayoría, no precisamente para realizarla, sino para hacerlos triunfar en los torneos electorales que han de darles posiciones cómodas y prebendas. Sólo cuando esto hicieran, el proletariado sería capaz, estaría preparado y obraría con plena conciencia de clase.

Sin entrar a analizar a fondo esta posición pequeña burguesa, tremendamente reaccionaria, tenemos que afirmar categóricamente, que esta socorrida tesis de que el proletariado en Latinoamérica y el Ecuador es una minoría insignificante, es absolutamente falsa y contrarrevolucionaria. Este error, cuando no es una posición reaccionaria consciente, proviene del hecho irreflexivo de considerar a nuestros países, especialmente a los poco desarrollados como el Ecuador, como absolutamente feudales, cosa que no está de acuerdo con la realidad. No se puede negar, como lo hemos demostrado en este rápido ensayo, que existen fuertes rezagos feudales, especialmente en el campo, mantenidos por la burguesía terrateniente y el imperialismo, que han limitado y entorpecido nuestra marcha hacia adelante; pero de esto a negar el capitalismo como forma fundamental de nuestras relaciones de producción y la existencia de un proletariado con la capacidad suficiente para constituirse en el conductor de la revolución latinoamericana y ecuatoriana, hay la distancia que va del cómodo oportunismo a la actitud realmente revolucionaria. Por lo demás, aunque el proletariado, como quizás toda clase en sí, no sea una mayoría cuantitativa, lo es cualitativamente, como dice Lenin, por su fuerza y capacidad revolucionarias.

Por otra parte, si contamos no sólo al proletariado industrial, sino al proletariado y semiproletariado que suda y muere, en la ciudad y el campo, para alimentar y enriquecer a la burguesía terrateniente nacional y a la gran burguesía internacional, encontramos que aquéllos forman las grandes mayorías nacionales. ¿O es que la reducida clase burguesa-terrateniente constituye esa mayoría?

Y aún suponiendo, mero supuesto, que algunas naciones poco desarrolladas de Latinoamérica, como el Ecuador, fueran fundamentalmente feudales, y, en consecuencia, el proletariado una minoría insignificante, como dicen aquellos teóricos, ni aún entonces podríamos llegar a la conclusión de que es la revolución burguesa y no la proletaria socialista, la única posible en nuestra América, ya que hemos

probado hasta la saciedad lo imposible y absurdo de esperar una revolución de la clase burgués-terrateniente, empeñada en mantener la estructura feudal-burguesa-imperialista en nuestras naciones. Aún constituyendo una minoría, y no se necesitan mayorías cuantitativas para la revolución, como nos lo demuestra la historia, la clase proletaria es la única capaz de realizar en el Ecuador, en nuestro Continente y en el mundo entero, la transformación socialista que ha de salvar a la humanidad.

También es necesario liquidar, de una vez para siempre, aquella tesis pseudo-marxista, que sostiene la imposibilidad del socialismo en nuestros países, hasta que no lleguen a su pleno desarrollo capitalista. Estos teorizantes ignoran que después del gran desarrollo mundial del capitalismo y el advenimiento del imperialismo, las naciones no pueden considerarse como unidades aisladas e independientes, sino como simples eslabones débiles o fuertes, del gran capitalismo mundial. Estos señores olvidan la gran Revolución Rusa y que el capitalismo existe como un todo, el capitalismo mundial en decadencia, que debe ser superado, lo antes posible, con el advenimiento revolucionario del socialismo.

10.—EL PROLETARIADO Y LOS CAMPESINOS.—El proletariado Latinoamericano y Ecuatoriano, en su lucha, tiene un aliado que nunca debe olvidar ni mucho menos menospreciar: el campesinado. Los proletarios campesinos (jornaleros que viven de su salario); los semi-proletarios (dueños o arrendatarios de una parcela tan pequeña que necesitan también del jornal o salario para completar su misera subsistencia); los pequeños campesinos (que apenas viven de un pedazo de tierra propia o arrendada), forman la gran masa de campesinos pobres, la gran mayoría campesina, que no podría librarse de su miseria y de la explotación de que son víctimas por parte de los terratenientes y campesinos ricos, sino con una revolución socialista proletaria que es la única que puede liquidar los rezagos de una feudalidad superviviente y dar tierras a los pobres que las necesitan.

Aún los campesinos medios no podrán obtener el espacio que en realidad requieren para vivir realmente como hombres, sin una transformación fundamental del agro, que destruya a los grandes latifundistas que les roban sus tierras y los explotan.

El proletario de las ciudades debe poner sus ojos en la gran masa de explotados del campo, los trabajadores indios, víctimas de la nefanda influencia y cruel extorsión de la iglesia y de los terratenientes clericales, para alinearlos y ponerlos en el camino de la revolución. La situación miserable del indigenado, lo hace un magnífico elemento explosivo que es necesario despertar, dirigir y organizar. El indio es

una dinamita revolucionaria que es necesario canalizar para luego prender. Sus continuos levantamientos contra los usurpadores de sus tierras y de su trabajo, nos están diciendo que el indio no es una bestia de carga como se cree, sino que es un hombre de carne y hueso, con capacidad de comprensión y de sentimiento, que sabe levantarse de su aplastamiento de siglos, para luchar heroicamente por su liberación. La clase proletaria de las ciudades y el campesinado pobre del campo, unidos en un solo anhelo libertario, será la única fuerza que pueda realizar la verdadera revolución en Latinoamérica y el Ecuador.

11.—UN FRENTE PROLETARIO CAMPESINO LATINOAMERICANO Y LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE LATINOAMERICA.— Esto nos lleva a sostener la necesidad de que en Latinoamérica se forme un solo frente de proletarios y campesinos pobres, que apoyándose en el proletario mundial, lleven adelante la revolución socialista que ha de salvar nuestros países del atraso en que yacen, destruyendo la explotación y la miseria, y estableciendo la verdadera libertad, la paz y la justicia. (8).

(8) Mucho se ha discutido acerca del carácter de la revolución en los países subdesarrollados o semociloniales como el Ecuador. Es indudable que dicha revolución tiene ciertas características burguesas, ya que se trata de llevar adelante algunas tareas que, como entre nosotros, no pudo llenar la semiburguesía liberal del 95 —reforma agraria, unificación del país, independencia nacional, implantación de la democracia—. Pero esta revolución ya no puede llamarse democrático-burgués al estilo de las revoluciones europeas de los siglos XVIII y XIX: primero, porque no puede ser realizada por la burguesía unida al campesinado, como la clásica de 1789, ya que la burguesía latinoamericana y especialmente ecuatoriana, se ha mostrado incapaz, por su origen y composición, de realizar consecuentemente tal revolución; segundo, porque no se trata de abrir los cauces a un desarrollo simplemente capitalista, pues en esta etapa, al mismo tiempo que se liquidan las taras feudales e impulsa el desarrollo de la economía nacional, han de sentarse ciertas bases de una futura organización económica socialista; tercero, porque el contenido de clase de esta revolución difiere del de una simplemente burguesa, ya que el proletariado unido al campesinado y sectores de la clase media, son los que han de llevarla a cabo; cuarto, porque no se trata de la implantación de un Estado burgués y una democracia simplemente liberal para la clase burguesa, sino de un Estado popular, dirigido por el proletariado unido a las demás clases trabajadoras, y una democracia popular, del pueblo trabajador. Es por lo que también se la ha llamado "revolución democrático-popular" en China y las Democracias Populares de la Europa Oriental.

Nosotros hemos preferido calificarla algunas veces de revolución socialista, con la consiguiente inquietud de los compañeros latinoamericanos que consideran que esto significaría ignorar simplemente la etapa transitoria que inicia esta revolución, hasta llegar, andando mucho, al socialismo. Pero es que nosotros, sin tratar de saltar imaginativamente esta etapa de transición necesaria, consideramos la realidad

Así como la burguesía terrateniente supo unirse en la gran guerra de la Independencia que, desgraciadamente, dada la contextura de tal clase, derivó la sangre popular sólo en provecho propio, ahora las clases proletario-campesinas de Latinoamérica, deben fundirse en un abrazo solidario y continental, para realizar la verdadera lucha por la liberación e independencia del hombre latinoamericano, en sus más amplias dimensiones; porque ahora las clases proletarias, al liberarse por sí mismas del yugo de la explotación, liberarán a todos los hombres, al construir una sociedad socialista sin clases.

Sólo un frente proletario y campesino ha de realizar la verdadera libertad de América, rompiendo las cadenas de la esclavitud y servidumbre interior y exterior, para darnos la libertad integral del hombre americano.

Sólo la revolución socialista en América Latina, al planificar no sólo las economías en forma nacional, sino internacional, completándolas y reajustándolas en un solo todo, hará posible la formación de los Estados Socialistas Latinoamericanos, que debe ser nuestra máxima aspiración continental. El sueño de Bolívar, fue un sueño de la clase terrateniente-burguesa americana, que no podía cumplirse porque se basaba en la rivalidad y la competencia que separa y opone

objetiva de una transformación y desarrollo económico social que no puede, como hemos dicho, llevarse adelante por los caminos del viejo y agotado capitalismo, que nos permitiera llenar la etapa capitalista para luego pasar a la socialista, como parecen creer algunos, cosa absurda ya que los países subdesarrollados o semicoloniales no pueden, de ninguna manera, dadas las nuevas condiciones históricas del mundo, recorrer el camino que siguieron los hoy grandes países capitalistas como Inglaterra y los Estados Unidos, que gozaron, por otra parte, de circunstancias excepcionales, ni alcanzar ningún desenvolvimiento con los métodos capitalistas en un mundo monopolista e imperialista que no ofrece ninguna posibilidad de desarrollo a los países coloniales y semicoloniales, a los que les interesa mantener como productores de materias primas y mercado para sus productos manufacturados.

No es con el "laissez faire" capitalista, en un mundo monopolista e imperialista, que se van a desenvolver las economías subdesarrolladas y semicoloniales; es con métodos socialistas que se puede alcanzar la transformación de estas economías retrasadas, subdesarrolladas, en las actuales condiciones del mundo. En lo esencial, los objetivos finales son socialistas, aunque en el trayecto haya que superar rezagos de etapas retrasadas, que por los métodos capitalistas no hemos podido ni podremos liquidar.

Por lo demás, no hay que olvidar, que somos simples eslabones de la cadena capitalista; productos débiles y retrasados del capitalismo que nos cierra la puerta de todo posible desarrollo; y, al mismo tiempo, formamos parte de la revolución mundial socialista, la única que ha de suprimir la explotación no sólo de unos hombres sobre otros sino de unas naciones por otras.—Nota tomada de "Teoría y Acción Socialistas" del mismo autor, Pág. 16.

a los países en dominadores y dominados, en explotadores y explotados. Por eso únicamente el socialismo, que es la supresión de la explotación de unos hombres por otros y de unas naciones sobre otras, hará posible la unidad latinoamericana, con bases de verdadera equidad y justicia.

He aquí el gran deber de las clases proletarias y campesinas latinoamericanas; he aquí el gran deber y la responsabilidad de las juventudes de izquierda, verdaderamente revolucionarias de América, especialmente las juventudes universitarias, que deben ser las más conscientes de su misión histórica; he aquí el gran deber de todos los hombres que aspiramos a la verdadera paz y la justicia; gran deber que debemos rubricar en este primero de Mayo de 1952.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL